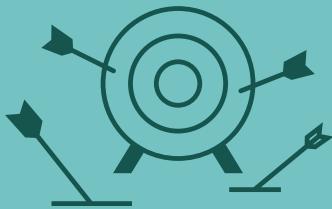




PERFECTIONISM IS EXHAUSTING



CHRISTIAN LINGUA

Contents

Introducción	3
La trampa del perfeccionismo	4
El estándar imposible de la perfección	4
Ganarse el amor de Dios a través del perfeccionismo y la fe	4
El perfeccionismo afecta las relaciones	5
La ansiedad de nunca sentirse lo suficientemente buenos	5
Libérate de la trampa del perfeccionismo	6
Cómo las expectativas poco realistas generan estrés y decepción	7
Cuando el perfeccionismo conduce al estrés	7
El dolor de no alcanzar los estándares	8
Cómo evitar esperar demasiado de uno mismo	9
Elige la gracia, no la perfección	10
Libérate de la carga de buscar la perfección	10
La presión de demostrar lo que vales	10
Los errores no eclipsan la gracia	11
El poder de Dios obra a través de la debilidad	11
Vive en la libertad de la gracia	11
¿Cómo es elegir la gracia?	12
Aprende a aceptar la imperfección y confía en el plan de Dios	12
El plan de Dios es mayor que tu perfección	12
Ten fe en Dios cuando nada tiene sentido	12
AbANDONA la comparación	13
De la autoconfianza a la fe en Dios	14
La ilusión del control	14
El propósito de Dios va más allá de tus planes	15
La verdadera paz proviene de la renuncia	15
Confía en el proceso aunque no veas el panorama completo	15
Camina en la fe, no en el miedo	16
Pasos prácticos para soltar el control y descansar en Dios	16
Reconoce lo que puedes y no puedes controlar	17

Cómo aliviar la preocupación mediante la oración	17
Por qué necesitamos vivir el presente.....	18
Crea hábitos diarios de renuncia	18
Vive con propósito, no con perfección	20
La diferencia entre la excelencia y el perfeccionismo	20
Cuando la perfección se convierte en una carga	20
Deja atrás el miedo al fracaso	21
Enfócate en el propósito en lugar del buen desempeño	21
Cómo equilibrar el trabajo duro con el descanso	22
Redefine el éxito	22
Cómo enfocarse en el crecimiento, no en la perfección.....	22
Deja atrás el miedo a no ser lo suficientemente bueno.....	23
Cómo pasar del desempeño al progreso	23
Usa tus dones sin la presión de la perfección	24
Celebra el progreso en lugar de criticar la imperfección	24
Confía en que el tiempo de Dios es mejor que el tuyo	25
Reflexiones finales	26

El perfeccionismo es extenuante

Introducción

¿Te ha pasado sentir que, hagas lo que hagas, nunca es suficiente? Es agotador sentir que debes demostrar lo que vales a través de una ejecución impecable sin fallos, errores ni signos de debilidad.

Esto que se conoce como perfeccionismo no tiene que ver con la exigencia, sino con una combinación de ansiedad, enojo y sentimiento de inadecuación. Sin embargo, lo maravilloso de esto es que Dios no nos llamó a ser perfectos, sino a simplemente tener fe en Él.

Como 2 Corintios 12:9 nos recuerda, «su gracia es más que suficiente para nuestras vidas». Esto significa que podemos estar seguros de que no tenemos que soportar la carga de ser perfectos. Podemos confiar en el amor de Dios y aceptar que Él nos ama no por lo que hacemos sino por lo que Él es.

La trampa del perfeccionismo

Pasaje bíblico clave: Eclesiastés 7:20

«No hay en la tierra nadie tan justo que haga el bien y nunca peque».

El estándar imposible de la perfección

El perfeccionismo es extenuante. Nos dice que valemos tanto como nuestro último logro, que los errores nos quitan valor y que el fracaso no es una opción. Se empeña en hacernos creer que, trabajando más, esforzándonos más y haciéndolo mejor conseguiremos por fin ser suficientes, pero eso es solo una trampa.

Más allá de lo que logremos, sentirnos satisfechos seguirá pareciéndonos inalcanzable por las muchas expectativas que nos rodean. La aprobación de los demás no será suficiente porque siempre tendremos dudas sobre nosotros mismos. La parte más difícil de superar es el miedo al fracaso creado por el propio perfeccionismo, que nos quita la alegría, la paz y la fe.

En realidad, nadie es perfecto. Como declara Eclesiastés 7:20, «no hay en la tierra nadie tan justo que haga el bien y nunca peque». Eso significa que nuestras imperfecciones reflejan nuestra humanidad.

Sin embargo, cuando estamos atrapados en el ciclo del perfeccionismo, creemos cosas que son extremadamente difíciles de conseguir o hasta poco realistas. Esto se aplica a nuestro trabajo, a nuestras relaciones, a nuestra vida diaria e incluso a nuestra fe.

Ganarse el amor de Dios a través del perfeccionismo y la fe

Muchas personas permiten que el perfeccionismo afecte su trabajo y sus vínculos y, sin darse cuenta, incluso su relación con Dios.

Tal vez has sentido la presión de ser un «buen cristiano»: no cometer errores, tener siempre las respuestas adecuadas y actuar de la manera correcta. Quizás sientes que, para ganarte el amor de Dios y su aprobación, debes mostrar un buen desempeño.

No obstante, la gracia no funciona así. El amor de Dios no se basa en lo que hacemos, sino en quién es Él.

Romanos 3:23-24 afirma: «Pues todos han pecado y están privados de la gloria de Dios, pero por su gracia son justificados gratuitamente mediante la redención que Cristo Jesús efectuó».

Esto significa lo siguiente:

- Todos y cada uno de nosotros fallamos.
- Es muy claro que Él sabe que fallaremos y aun así nos ama.
- Su gracia es para todos; no debemos esforzarnos para recibirla.

Ser perfeccionistas nos lleva a pensar que Dios está vigilándonos, esperando a que cometamos un error. Sin embargo, Él no anda buscando razones para criticarnos. Él es un Padre amoroso que nos acepta incluso con nuestros defectos.

El perfeccionismo afecta las relaciones

El perfeccionismo no solo modifica nuestra perspectiva de Dios, sino también la forma en que nos percibimos a nosotros mismos y a los demás. Después de todo, nada está por encima de la excelencia.

La necesidad de ser perfectos y complacer a todo el mundo pone la vara más alto de lo alcanzable y añade una presión insoportable a todas nuestras relaciones, pues pensamos que, si las personas ven nuestros defectos, ya no nos querrán. Mostrarnos vulnerables nos resulta difícil porque consideramos que reconocer la debilidad es un fracaso.

Esto puede generar lo siguiente:

- **Miedo al rechazo:** creemos que la gente no nos aceptará después de ver quiénes somos en realidad.
- **Expectativas poco realistas:** nos obligamos a alcanzar logros sin esfuerzo y esperamos lo mismo de los demás.
- **Dificultad para confiar en los demás:** nos cuesta bajar la guardia por miedo a mostrarnos débiles.

El peligro del perfeccionismo es que nos aleja de quienes pueden ayudarnos, nos hace construir muros, fingir, y ahuyenta a la gente justo cuando más ayuda necesitamos. Lo cierto es que las relaciones construidas sobre la perfección no sobreviven.

Gálatas 6:2 dice: «Ayúdense unos a otros a llevar sus cargas y así cumplirán la ley de Cristo».

No fuimos creados para andar solos por la vida y aparentar que todo está bien. Dios diseñó a los seres humanos para que, al vivir en comunidad, puedan compartir sus vivencias y disfrutar de relaciones reales que les permitan hablar de sus dificultades con sinceridad.

La ansiedad de nunca sentirse lo suficientemente buenos

La sensación constante de no ser lo suficientemente buenos es uno de los efectos más dañinos del perfeccionismo. Independientemente del logro obtenido, siempre habrá otra vara más alta. Aunque lo que consigamos sea mayor de lo esperado, siempre habrá una voz que nos dirá que deberíamos haberlo hecho mejor.

Este tipo de estrés provoca ansiedad, agotamiento e incluso pensamientos depresivos. Constantemente nos hallamos comparando nuestro valor con el de los demás y sintiendo como que nada de lo que logramos es realmente suficiente, a la vez que evitamos nuevos desafíos por miedo a fracasar.

El perfeccionismo nos coloca en un estado constante de agotamiento. En lugar de sentir calma, padecemos la ansiedad de fracasar, de defraudar a la gente o incluso de no ser lo suficientemente buenos. Sin embargo, Jesús nos ofrece algo diferente.

En Mateo 11:28-30, Él dice así: «Vengan a mí todos ustedes que están cansados y agobiados; yo les daré descanso. Carguen con mi yugo y aprendan de mí, pues yo soy apacible y humilde de corazón, y encontrarán descanso para sus almas. Porque mi yugo es suave y mi carga es liviana».

No tienes que soportar la carga del perfeccionismo; Dios no quiere eso de ti. Él te da descanso, te concede paz y el consuelo de saber que te ama tal como eres.

Libérate de la trampa del perfeccionismo

Liberarse del perfeccionismo no significa esforzarse menos ni bajar la vara. Significa dejar de creer que el valor propio depende de un buen desempeño.

Aquí tienes algunas ideas para empezar a liberarte del perfeccionismo:

1. Acepta que el fracaso forma parte del crecimiento. Es imposible vivir sin cometer errores. Todos los errores de la vida nos sirven como aprendizaje.
2. Es mejor dejar todas las comparaciones a un lado. La comparación nos roba la alegría. Debes saber que tu vida será muy diferente de la de otra persona, así que sé feliz con lo que tienes.
3. Encuentra tu valor en Jesucristo, no en tus logros. Luchar por el éxito perfecto le resta importancia a la secuencia de acontecimientos. Tu valor en este mundo reside en ser hijo de Dios.

El verdadero cambio viene al alcanzar la propia visión. Con el tiempo, empezamos a entender que, a pesar de todos nuestros defectos, el Señor siempre nos regala su gracia abundante, y su amor no depende de nuestros logros.

Cómo las expectativas poco realistas generan estrés y decepción

Como muchas otras cosas, el perfeccionismo surge de las buenas intenciones. Uno quiere ser responsable, hacer lo mejor posible y estar a la altura de las circunstancias. Sin embargo, las expectativas demasiado altas a veces pueden ser poco realistas y agotadoras.

¿Alguna vez has sentido la presión de ser el empleado, amigo, estudiante o incluso el cristiano perfecto? Tal vez te digas a ti mismo: «Si no soy excelente en esto, soy un fracaso» o «Si no cumple estas expectativas, no merezco nada».

El verdadero problema es que nadie es perfecto. Querer cumplir esa expectativa solo nos provoca estrés, ansiedad y sentimientos constantes de decepción que fácilmente podrían haberse evitado.

Eclesiastés 7:20 nos recuerda: «No hay en la tierra nadie tan justo que haga el bien y nunca peque».

Si nunca podemos alcanzar la perfección, ¿qué nos motiva a desearla? Aproximadamente una de cada tres personas muestra tendencias perfeccionistas, lo que sugiere que hay algo en el ser humano que está profundamente obsesionado con lograr cada vez más.

Quizás la necesidad de triunfar siempre se deba a la creencia de que uno es un fracasado si no consigue todo lo que se propone. O tal vez sea el terror absoluto a cometer el más mínimo error lo que nos asfixia mentalmente hasta el punto de sentir que cualquier paso en falso nos hará pedazos.

En cierta medida, el perfeccionismo surge del deseo de no defraudar a las personas que nos rodean. Hacer que nuestra familia se sienta orgullosa, cumplir sus expectativas en el trabajo o incluso ser considerado confiable en todo momento puede ser una carga abrumadora. La realidad es que no importa si puedes cumplir o no esas expectativas ni cuánto te esfuerces por cumplirlas.

Sea cual sea el nivel que intentas lograr, siempre habrá otra tarea inalcanzable u otra responsabilidad. Eso hace que no puedas divertirte ni disfrutar de la vida porque te sientes atrapado en un ciclo de estrés y fatiga, sin logros que te hagan sentirte realizado y bajo un constante escrutinio.

Dios no desea que vivas así, y no debes aceptarlo como estilo de vida. La perfección no es uno de los atributos que Dios quiere que tengas. Él solo desea que confíes en su persona.

Cuando el perfeccionismo conduce al estrés

El estrés se produce cuando la carga de tus expectativas se hace demasiado pesada de soportar y te provoca tensión mental.

- Sientes una presión constante en lugar de disfrutar de tu trabajo.
- Te centras en lo que aún no es perfecto en lugar de celebrar los progresos.
- Te sientes culpable por no hacer más en lugar de descansar.
- Hasta puede que te digas a ti mismo: «Si pudiera trabajar un poco más, sería feliz», pero por mucho que te esfuerces, nunca parece suficiente.

No solo tus emociones se ven afectadas; también tu mente, tu cuerpo y tus relaciones. Esto provoca ansiedad, fatiga y puede llevarte al agotamiento.

Sin embargo, Jesús nos ofrece algo diferente. En Mateo 11:28, Él dice así: «Vengan a mí todos ustedes que están cansados y agobiados; yo les daré descanso». Dios nunca ha querido que luchemos con un estrés constante. En cambio, nos invita a descansar en Él en lugar de esforzarnos por demás tratando de alcanzar la perfección.

En pocas palabras, el perfeccionismo tiene su origen en una cosa: el miedo. El miedo a cometer errores, a decepcionar a la gente o a sentirnos inadecuados responde a unos niveles de exigencia tan altos que cualquier error parece catastrófico. En lugar de ver el fracaso como una oportunidad para triunfar, se convierte en algo que define únicamente tu autoestima.

Sin embargo, la palabra «fracaso» nunca debe asociarse con enemistad con Dios. La Biblia está llena de personas que cometieron errores garrafales: Moisés, David, Pedro, Pablo. A pesar de todo, Dios nunca los desechó por sus imperfecciones, sino que los usó de manera poderosa.

Tu desempeño no determina el amor de Dios. Por el contrario, Él te ama de forma incondicional, sin importar los errores que puedas cometer.

El dolor de no alcanzar los estándares

La perfección es inalcanzable, y su búsqueda genera más estrés que beneficios. Como resultado, el esfuerzo realizado pasa inadvertido, y las recompensas nunca llegan. Los peores momentos aparecen justo cuando crees que lo tienes todo controlado, lo que complica aún más la situación.

Detente un momento para reflexionar sobre la semana, el mes o el año pasado. ¿Recuerdas los pequeños logros o los consideras simples peldaños, casi como tachar los puntos de una lista de tareas? Esto, en vez de darte paz, te conduce a la frustración y actúa como un ancla que te hunde.

Mientras caminas en la fe, ¿el intento de convertirte en el creyente «perfecto» te ha llevado a una constante sensación de agotamiento? Convertirse en el cristiano «perfecto» requiere dudar menos del camino y mantener siempre una fe inquebrantable.

Salmos 103:14 afirma: «Él conoce de qué hemos sido formados; recuerda que somos polvo».

Dios sabe que somos humanos. Conoce nuestras debilidades, luchas e imperfecciones, y aun así elige amarnos.

Cómo evitar esperar demasiado de uno mismo

¿Qué debemos hacer para escapar del perfeccionismo?

En primer lugar, debemos comprender que el objetivo no es alcanzar la perfección, sino crecer. No se trata de «nunca cometer errores», sino de «aprender, crecer y confiar en Dios». En segundo lugar, tenemos que darnos un descanso. Si Dios no espera nuestra perfección, ¿por qué nosotros sí? Podemos cometer errores sin el peso de la culpa o la vergüenza.

Por último, centrémonos más en los planes de Dios que en nuestros objetivos predeterminados. Algunas de las expectativas que nos fijamos nunca debimos fijarlas en primer lugar. Tengamos fe en que todo saldrá bien, aunque no se ajuste a nuestros planes.

Proverbios 19:21 nos recuerda: «Muchos son los planes en el corazón de las personas, pero al final prevalecen los designios del Señor».

Dios no se sienta a esperar a que lo hagamos todo de forma correcta. Él camina a nuestro lado a través de las dificultades que podamos enfrentar.

Discusión: ¿En qué áreas de tu vida luchas contra el perfeccionismo?

- ¿Alguna vez has sentido que necesitas cumplir con estándares demasiado altos, ya sea establecidos por ti mismo o por otros? ¿Qué te ha llevado a pensar así?
- ¿De qué manera el perfeccionismo ha afectado tus emociones, tus relaciones e incluso tu espiritualidad?
- ¿Qué significa para ti que la gracia de Dios es mayor que tus errores?
- ¿Cómo puedes empezar a soltar el control y permitir que Dios te dirija?

Las expectativas poco realistas, ya sean personales o impuestas por la sociedad, provocan estrés, decepción y miedo al fracaso.

Sin embargo, hagas lo que hagas, nunca te parecerá suficiente. La verdad es que Dios nunca te pidió que hicieras todo eso, solo te ha pedido que confíes en Él.

Así que hoy, y de ahora en adelante, respira hondo, libera la presión, suelta los estándares imposibles y entra en la libertad que Dios te ofrece.

Elige la gracia, no la perfección

Pasaje bíblico clave: 2 Corintios 12:9a

«[...] Te basta con mi gracia, pues mi poder se perfecciona en la debilidad».

Libérate de la carga de buscar la perfección

Cargar con el peso del perfeccionismo puede resultar demasiado agobiante. Empiezas a obsesionarte tanto con rendir, ganar y conseguir logros que olvidas tu identidad y tu autoestima. Sientes que debes hacerlo todo a la perfección y que, solo cuando lo logres, serás suficiente, aceptado, apreciado o amado. Esto no es lo que Dios desea para ti.

Tu desempeño no tiene nada que ver con el amor que Dios te ofrece. No tienes que ganártelo mediante un rendimiento perfecto, siguiendo todas las reglas y evitando cualquier falla o error. Su amor es gratuito, eterno e incondicional.

En 2 Corintios 12:9, se habla de Pablo, un gran líder de la Iglesia primitiva, y de cómo luchó contra la debilidad. Él le rogó a Dios que lo liberara de esa carga, pero, en cambio, Dios le dijo: «[...] mi poder se perfecciona en la debilidad». Fíjate que Dios no busca personas perfectas, sino personas que estén dispuestas a depositar su confianza en Él.

La presión de demostrar lo que vales

¿Demostrar a los demás lo que vales te resulta natural? ¿Has intentado ser perfecto para que te acepten, para no sentirte rechazado o para pertenecer a algún lugar?

Si es así, eso puede ser mental y emocionalmente agotador. Después de trabajar duro en ello, pocos se sienten de verdad realizados y consideran que sus esfuerzos hayan merecido la pena. Entonces, toda la motivación para seguir trabajando se convierte en un hábito. Se esfuerzan más, trabajan más tiempo, dicen que sí a todo. Hay poca satisfacción en las expectativas personales, lo que significa que siempre se esforzarán por alcanzar el siguiente objetivo. Sin embargo, el equilibrio es la clave. Si este es tu caso, recuerda que Dios nunca te pidió que fueras perfecto, ya que la perfección no existe.

Salmos 103:13-14 dice: «Tan compasivo es el Señor con los que le temen como lo es un padre con sus hijos. Él conoce de qué hemos sido formados; recuerda que somos polvo».

Dios sabe que somos humanos. Conoce nuestras debilidades, luchas y límites, y aun así, nos ama.

Los errores no eclipsan la gracia

Puede que pienses que, si te equivocas, echas todo a perder. También puede que pienses que, si no estás a la altura, decepcionas a Dios, y que, si no cumples con los estándares, no mereces nada. Sin embargo, la gracia de Dios es mayor que tus fracasos.

Romanos 8:1 declara: «Por lo tanto, ya no hay ninguna condenación para los que están en Cristo Jesús».

Eso significa que su gracia sigue ahí cuando te equivocas, fracasas y no estás a la altura de tus propias expectativas.

El poder de Dios obra a través de la debilidad

Es fácil creer que Dios solo obra a través de personas fuertes, capaces y exitosas. Sin embargo, Él suele manifestarse poderosamente a través de la debilidad.

Piensa en las personas de las que Dios se valió en la Biblia:

- Moisés dudó de sí mismo.
- David cometió grandes errores.
- Pedro negó a Jesús.
- Pablo luchó con sus debilidades.

Y, aun así, Dios no los rechazó, sino que se valió de ellos.

El poder de Dios no está limitado por nuestras debilidades. De hecho, Él obra mejor cuando dejamos de tratar de ser perfectos por nuestra cuenta y comenzamos a depender de Él.

Cuando reconocemos que no podemos con todo, damos lugar a que Dios intervenga. Cuando dejamos de fingir que podemos hacerlo todo solos, experimentamos su fuerza de una manera totalmente nueva.

Tus debilidades no te descalifican; ellas permiten que la gracia de Dios brille.

Vive en la libertad de la gracia

Cuando dejas de buscar la perfección y empiezas a confiar en la gracia de Dios, todo cambia.

- Ya no tienes que temerle al fracaso.
- Ya no tienes que demostrar tu valor.
- Ya no tienes que cargar con la presión de ser «suficiente».

Porque Jesús es suficiente.

Su gracia cubre tus errores. Su amor cubre tus inseguridades. Su poder obra en tu debilidad.

En lugar de esforzarte por ser perfecto, puedes empezar a descansar en el amor de Dios. En lugar de estresarte por cada error, puedes confiar en que la gracia de Dios es más grande que todos ellos.

Efesios 2:8-9 nos recuerda: «Porque por gracia ustedes han sido salvados mediante la fe. Esto no procede de ustedes, sino que es el regalo de Dios y no por obras, para que nadie se jacte».

Gracia significa que no tienes que ganarte el amor de Dios, solo tienes que recibirla.

¿Cómo es elegir la gracia?

Abandonar el perfeccionismo y abrazar la gracia es una elección diaria. Significa aprender a decir: «Hoy no tengo que ser perfecto, solo tengo que confiar en Dios». Significa que cuando te equivocas, en lugar de autocastigarte, acudes a Dios y le dices: «Gracias por tu gracia». Significa que cuando sientes la presión de tener que demostrar tu valor, te recuerdas a ti mismo: «Ya soy amado. Ya soy suficiente en Cristo». Esto significa aprender a aceptar tus propias imperfecciones de la misma manera que Dios lo hace: con bondad, paciencia y amor.

Aprende a aceptar la imperfección y confía en el plan de Dios

El plan de Dios es mayor que tu perfección

Es difícil entender que la vida no siempre sale como la planeamos, por mucho esfuerzo que pongamos, ya que es común encontrarnos con obstáculos a pesar de haber trabajado duro por alcanzar una meta. Si nuestro sentido de la autoestima está ligado a que todo vaya perfectamente según lo planeado, tendremos continuas decepciones asociadas a cada obstáculo del camino.

Menos mal que, aunque sintamos que en cada desafío no nos estamos esforzando lo suficiente, el plan de Dios no depende de nuestro nivel de perfección. Romanos 8:28 lo resume muy bien: «Ahora bien, sabemos que Dios dispone todas las cosas para el bien de quienes lo aman, los que han sido llamados de acuerdo con su propósito».

Dios sigue obrando incluso durante resultados o errores desafortunados. Nuestros fracasos no hacen que perdamos su amor, y nuestras imperfecciones no descarrilan su plan. No necesitas tenerlo todo bajo control; lo que se valora es la confianza.

Ten fe en Dios cuando nada tiene sentido

Es fácil tener fe en Dios en los buenos momentos, pero nos cuesta hacerlo cuando todo parece ir mal. ¿Qué haces cuando nada parece ir según lo planeado y todo se derrumba? ¿Qué haces cuando las oportunidades ya no están disponibles? Es ahí cuando la base de tu fe se pone verdaderamente a prueba.

Proverbios 3:5-6 nos instruye: «Confía en el Señor de todo corazón y no te apoyes en tu propia inteligencia. Reconócelo en todos tus caminos y él enderezará tus sendas».

Esto significa que los planes de Dios podrían ser muy diferentes de los que esperas. El camino que elige para ti puede incluir obstáculos y decepciones, pero siempre hay un rayo de esperanza: el plan que Dios tiene es mucho más grande y mejor.

Abandona la comparación

Uno de los mayores obstáculos para aceptar la imperfección es la comparación. Es fácil mirar a otras personas y suponer que lo tienen todo resuelto, que no tienen luchas en sus vidas y que, de alguna manera, han encontrado el equilibrio entre el éxito y la fe.

No obstante, la comparación es una trampa.

Todos tenemos nuestros propios desafíos, nuestros propios miedos, nuestros propios momentos de debilidad. Ninguna vida es tan perfecta como parece. Dios no nos llama a recorrer el camino de otra persona sino a confiar en Él en nuestro propio camino.

Gálatas 6:4 nos recuerda: «Cada cual examine su propia conducta; y si tiene algo de qué presumir, que no se compare con nadie».

Cuando dejamos de compararnos, nos quitamos la presión de tener que estar a la altura de estándares imposibles y empezamos a centrarnos en lo que Dios está haciendo en nuestra vida en vez de preocuparnos por compararnos con los demás.

Discusión: ¿De qué manera aceptar la gracia puede cambiar tu perspectiva?

1. ¿Encontraste gozo en el proceso en vez de solo en los resultados?
2. ¿Construiste relaciones más fuertes al dejar de fingir ser perfecto?
3. ¿Aprendiste a amarte a ti mismo como Dios te ama: completamente, sin condiciones y sin la presión de tener que demostrar tu valor?

Abandonar la perfección no es fácil, pero es liberador. Cuando dejas de perseguir estándares imposibles y empiezas a confiar en el plan de Dios, empiezas a vivir la vida de una manera distinta.

La perfección es una carga que Dios nunca quiso que llevaras. Su gracia es mayor, su amor es más profundo y su plan para ti es mucho mejor que cualquier cosa que el perfeccionismo pueda prometer.

Cómo encontrar la paz en el propósito de Dios

Pasaje bíblico clave: Filipenses 1:6

«[...] el que comenzó tan buena obra en ustedes la irá perfeccionando [...].»

De la autoconfianza a la fe en Dios

Cuando sientes que todo depende de ti, la vida se vuelve una carga. Poner todo el peso de la responsabilidad sobre uno mismo puede resultar psicológicamente abrumador. Cada decisión, cada error e incluso el resultado dependerán exclusivamente de ti y pueden tener consecuencias desastrosas.

Esto no es lo que Dios quería para ti. Poner la carga sobre uno mismo es duro, por lo que es más fácil buscar apoyo en alguien más, por ejemplo, algún miembro de la familia. Soltar el control y poder confiar en otra persona —sobre todo en las manos de Dios— puede aliviar gran parte del estrés que experimentas. Te sentirás liberado porque sabes que los planes que Él tiene para ti siempre superarán los tuyos.

¿Buscas tranquilidad? Filipenses 1:6 dice: «[...] el que comenzó tan buena obra en ustedes la irá perfeccionando hasta el día de Cristo Jesús». El Señor es el que te sostiene; Él siempre está obrando tras bambalinas. No tienes que tenerlo todo resuelto o tener un plan establecido, porque Él es el que tiene el control, no tú.

La ilusión del control

Soltar el control en lo que se refiere a la vida puede ser lo más difícil de hacer cuando crecemos en una sociedad que celebra el individualismo. Cuando somos jóvenes, nos dicen que el trabajo arduo nos garantiza el éxito, que las decisiones correctas producen resultados y que una buena planificación asegura un futuro brillante. Sin embargo, a medida que nos hacemos mayores, empezamos a darnos cuenta de que todo esto no está bajo nuestro control. Aparecen obstáculos inesperados, los planes no funcionan e incluso nuestros mejores esfuerzos no siempre nos dan los resultados que deseábamos.

Una vida sin control en la que hay que alcanzar objetivos parece desalentadora, razón por la cual la gente se frustra cuando no logra cumplir sus metas. Intentar controlarlo todo solo aumenta la ansiedad y el estrés.

La autoconfianza no significa huir de la responsabilidad. Confía en Dios y no te angusties por cada pequeñez. Aceptar la guía divina fomenta la paz y elimina la presión.

El propósito de Dios va más allá de tus planes

Todos tenemos expectativas sobre cómo queremos que sea nuestra vida. Hacemos planes, establecemos objetivos y avanzamos hacia un cierto grado de éxito. Sin embargo, ¿qué ocurre cuando las cosas no salen como esperábamos? En momentos así, la fe se pone a prueba.

Según Proverbios 16:9, «el corazón del hombre traza su rumbo, pero sus pasos los dirige el Señor».

Esto significa que el propósito de Dios no está limitado por las barreras y las consecuencias humanas. La mayoría de las veces, creemos que lo estamos haciendo todo bien y olvidamos cuál es el panorama general. No aceptamos el cambio a nuestro alrededor y nos resistimos a la incertidumbre, lo que termina poniéndonos contra la pared.

No obstante, si le entregamos nuestros planes a Dios, empezamos a confiar en vez de tener que esforzarnos para que algo salga bien. Comenzamos a darnos cuenta de que, incluso si todo sale mal, Dios nos sostendrá y nos guiará en una dirección que es más grande de lo que podemos imaginar.

La verdadera paz proviene de la renuncia

No puedes experimentar la paz en circunstancias perfectas. No la encontrarás cuando todo esté bajo control, solo cuando pones toda tu confianza en Él, aunque la vida sea impredecible.

Una confianza así no se consigue fácilmente. Requiere que tengas fe, paciencia y voluntad para resistir al miedo. La única manera de hacerlo es evitar la autoconfianza y dejar que Dios tome el control. Es ahí cuando sientes la verdadera libertad.

Dejas de preocuparte por cosas que están fuera de tu control porque sabes que Dios lo tiene todo controlado.

Dejas de pensar demasiado en cada decisión porque crees que Dios te está guiando.

Ya no te preocupas por el futuro porque crees que el plan de Dios para ti está asegurado.

En Juan 14:27, Jesús nos muestra su paz al decir: «La paz les dejo; mi paz les doy. Yo no se la doy a ustedes como la da el mundo. No se angustien ni se acobarden».

Su paz es diferente y no se basa en situaciones específicas, sino en su amor y fidelidad sin fin.

Confía en el proceso aunque no veas el panorama completo

Pasar de la autoconfianza a la fe es uno de los mayores desafíos porque Dios no revela su plan todo de una vez, sino quiere que confiemos en su guía en cada paso del proceso.

Esto es un reto, sobre todo cuando aparece la incertidumbre. Puede que estés pasando por una fase en la que no tienes ni idea de cómo seguir. O puede que, después de orar por claridad, sigues atascado esperando respuestas. Tal vez sientes que Dios te está llevando por una dirección determinada donde las cosas no tienen sentido en este momento. Sin embargo, el tiempo de Dios siempre es perfecto. Él nunca se confunde y nunca llega tarde. Él siempre sabe lo que hace.

Isaías 55:8-9 nos recuerda: «“Porque mis pensamientos no son los de ustedes ni sus caminos son los míos”, afirma el Señor. “Mis caminos y mis pensamientos son más altos que los de ustedes; ¡más altos que los cielos sobre la tierra!”».

Incluso cuando te dices a ti mismo que Dios sigue obrando, incluso cuando hay un sentimiento de incertidumbre, su propósito se sigue llevando a cabo. Cuando todo parezca fuera de lugar y sin control, solo recuerda que Dios te está guiando exactamente a donde debes estar.

Camina en la fe, no en el miedo

Lo más difícil y complejo en la vida es sufrir miedo. Incluso afecta nuestra confianza en Dios. Por ejemplo, cuando una persona intenta hacer todo por su cuenta, el miedo la obliga a tener todas las respuestas en su cabeza. Incluso le hace pensar que todo se derrumbará si no puede encontrar una solución.

En cambio, la fe actúa diferente: nos recuerda que todo está bien y que Dios nos cubre las espaldas. El control percibido de Dios nos recuerda aspectos individuales de nuestra vida. Puede que no necesitemos respuestas, pero, de todos modos, debemos tener fe en que Dios las tiene. Puede que nos preocupe el misterio del evangelio, pero debemos tener la seguridad de que Él ya se ha encargado de eso. La belleza de la esencia de Dios es que no tenemos que ser perfectos, pues su gracia es la que nos justifica.

En 2 Corintios 5:7 se nos dice: «En efecto, vivimos por fe, no por vista». La esencia completa de esta narración es que no necesitas saber nada antes de confiar en que Dios te guiará. Confía en el proceso, camina en fe y ten la certeza de que Él vigila tus pasos en cada etapa.

Pasos prácticos para soltar el control y descansar en Dios

Soltar el control es difícil. Preferimos tenerlo todo planeado, saber qué es lo que sigue y poder decidir sobre el curso de nuestras vidas. Pero cada vez que intentamos microgestionarlo todo, nos volvemos más ansiosos e impacientes. Asegurarse de que todo salga perfectamente bien es extenuante.

Vivir así no es lo que Dios quiere para nosotros. Él nos desea algo mejor: una vida llena de confianza, entrega y paz inquebrantable. Sin embargo, soltar no es algo que sucede de la noche a la mañana. Cada día debemos elegir de forma consciente la fe en lugar del miedo, la confianza en lugar de la preocupación, la entrega en lugar del esfuerzo.

En Mateo 11:28, Jesús nos dice: «Vengan a mí todos ustedes que están cansados y agobiados; yo les daré descanso». No siempre al solucionar todo encontramos el alivio que buscamos. Por el contrario, el alivio viene de renunciar a la necesidad de control y encontrar consuelo en saber que Dios lo tiene todo controlado.

Reconoce lo que puedes y no puedes controlar

Darte cuenta de lo que está y no está bajo tu control es uno de los primeros pasos en el proceso de soltar. Esto es lo que no puedes controlar:

- No puedes controlar el comportamiento de los demás.
- No puedes controlar los obstáculos inesperados.
- No puedes controlar lo que ocurrirá en el futuro.

Sin embargo, tu reacción sí está totalmente bajo tu control. Tú decides dónde depositar tu confianza y si quieres vivir preocupado o a la defensiva.

Intentar controlarlo todo solo provoca estrés. Dios nunca ha pedido que todo esté resuelto. Lo que pide, en cambio, es confianza en las situaciones inciertas. También dice en Isaías 41:10: «Así que no temas, porque yo estoy contigo; no te angusties, porque yo soy tu Dios. Te fortaleceré y te ayudaré; te sostendré con la diestra de mi justicia». No necesitas encontrar todas las respuestas; Dios ya las tiene.

Cómo aliviar la preocupación mediante la oración

La preocupación surge de la sensación de tener que resolverlo todo uno mismo. Por otro lado, la oración nos anima a cambiar la perspectiva de nuestros problemas por el poder de Dios y nos recuerda que no estamos solos.

Filipenses 4:6-7 nos explica esto con gran claridad: «No se preocupen por nada; más bien, en toda ocasión, con oración y ruego, presenten sus peticiones a Dios y denle gracias. Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, cuidará sus corazones y sus pensamientos en Cristo Jesús».

Cuando acudimos a Dios con nuestras cargas, recordamos que Él conduce esta montaña rusa. Puede que las cosas no cambien enseguida, pero no tenemos por qué llevar la carga nosotros solos.

Hacer de la oración parte de nuestra rutina diaria es una manera eficaz de conseguirlo. En los momentos de estrés abrumador, detente y ora, aunque sea solo un «Dios, confío en ti». Cuanto más entregues tus preocupaciones a Dios, más paz y serenidad descubrirás.

Por qué necesitamos vivir el presente

Dejar atrás el pasado puede ser difícil si uno se queda atrapado en la idea de lo que podría pasar después. ¿Qué pasará luego? ¿Cómo sé que todo saldrá perfecto? ¿Y si tomo una decisión imprudente?

Conociendo las dificultades que podríamos enfrentar, Dios se tomó la libertad de decírnos en Mateo 6:34: «Por lo tanto, no se preocupen por el mañana, el cual tendrá sus propios afanes. Cada día tiene ya sus problemas».

En pocas palabras, preocuparnos por el futuro no cambia nada, solo nos quita la paz. ¿Qué puedes hacer en cambio? Intenta preocuparte solo por lo que tienes que resolver ahora.

Concéntrate en el presente y empieza a hacerte las siguientes preguntas:

- ¿Cómo puedo ayudar a Dios en este mismo momento?
- ¿Qué puedo hacer hoy que me permita confiar aún más en Él?
- ¿En qué aspectos de mi vida Él está obrando?

Cuando tomas conciencia de la devoción en lugar del miedo, empiezas a notar de verdad todas las acciones divinas a tu alrededor, por pequeñas que parezcan.

Crea hábitos diarios de renuncia

Soltar el control no es algo que se hace una vez, es algo que tienes que practicar todos los días. Rendirse a Dios es un buen hábito.

Estas son algunas maneras de desarrollar ese hábito:

- **Empieza tu día entregándoselo a Dios.** Cada mañana, dedica un momento a orar: «Dios, te entrego este día. Guíame en tu voluntad».
- **Cuando sientas ansiedad, haz una pausa y ora.** En lugar de dejar que el miedo se apodere de ti, detente y recuerda: «Dios tiene el control».

- **Mantente firme en las Escrituras.** Cuanto más llenes tu mente con la Palabra de Dios, más confiarás en Él.
- **Practica la gratitud.** Cuando te concentras en lo que Dios ya ha hecho, es más fácil confiar en Él en lo que está por venir.

Cuanto más te rindas, más natural te resultará. Confiar en Dios es como desarrollar un músculo: se fortalece con el uso.

Discusión: ¿Qué hábitos pueden ayudarte a confiar más en Dios?

Soltar el control lleva tiempo. Es un proceso que ocurre cuando cada día eliges activamente confiar más en Dios.

Haz una pausa y reflexiona sobre tu vida:

- ¿A qué cosas te has estado aferrando?
- ¿Cómo te sentirías si dejaras que Dios las controlara?
- ¿Qué cambio diario puedes hacer para ayudarte en el camino de la renuncia?

Dios no quiere que lo tengas todo resuelto. Lo único que te pide es que camines a su lado, paso a paso. A cambio, comenzarás a experimentar la maravillosa calma que proviene de descansar en sus planes.

Vive con propósito, no con perfección

Pasaje bíblico clave: Colosenses 3:23

«Hagan lo que hagan, trabajen de buena gana, como para el Señor y no como para nadie en este mundo».

El perfeccionismo puede sentirse como un peso constante sobre los hombros. Te empuja a esforzarte más, a hacer más y a cumplir expectativas imposibles. Te dice que tu valor está ligado a tus logros, que los errores te definen y que siempre debes tenerlo todo bajo control. Sin embargo, Dios nunca nos ha llamado a vivir así.

Dios no nos pide perfección, nos pide fidelidad. Nos llama a vivir con propósito, no con presión. La diferencia es que el propósito es motivado por la alegría, mientras que el perfeccionismo es provocado por el miedo. El propósito deja espacio para el crecimiento, mientras que el perfeccionismo no deja espacio para la gracia.

La diferencia entre la excelencia y el perfeccionismo

Dios nos creó para buscar la excelencia, no la obsesión. La excelencia consiste en hacer lo mejor que podamos con lo que se nos ha dado, usar nuestros dones para honrarle y crecer en el proceso. El perfeccionismo, por otro lado, tiene sus raíces en la ansiedad. Es la creencia de que, si no somos perfectos, no somos lo suficientemente buenos.

Colosenses 3:23 nos recuerda que debemos trabajar con todo nuestro corazón, no para impresionar a la gente, sino para honrar a Dios. Esto significa que nuestra motivación es importante. ¿Nos esforzamos porque amamos a Dios y queremos reflejar su bondad? ¿O nos esforzamos por miedo, tratando de demostrar nuestro valor a través de nuestros logros?

La excelencia consiste en dar lo mejor, sabiendo que cometemos errores y que el crecimiento lleva tiempo. El perfeccionismo exige un estándar imposible y te hace sentir que, no importa lo que hagas, nunca es suficiente.

Cuando la perfección se convierte en una carga

Intentar ser perfecto en todos los aspectos de la vida —trabajo, relaciones, fe— puede resultar abrumador. No deja lugar para el descanso, ni para los errores, ni para la gracia. Crea un ciclo extenuante en el que uno está constantemente persiguiendo una meta inalcanzable.

Quizás hayas sentido esa presión alguna vez: la necesidad de rendir siempre al máximo nivel, de no decepcionar nunca a nadie, de tener siempre las respuestas correctas. Ese tipo de presión no proviene de Dios.

Jesús nos ofrece algo completamente diferente. En Mateo 11:28, Él dice: «Vengan a mí todos ustedes que están cansados y agobiados; yo les daré descanso». El plan de Dios para nuestras vidas no se basa en la perfección, sino en la confianza.

Si siempre te sientes agotado por tratar de cumplir con expectativas imposibles, tal vez sea hora de que te preguntes: «¿Estoy viviendo para la perfección o estoy viviendo para un propósito?».

Deja atrás el miedo al fracaso

Una de las principales razones por las que la gente busca la perfección es el miedo al fracaso. La idea de cometer errores o de no estar a la altura puede resultar aterradora, sobre todo si has construido tu identidad en torno a ser «el que siempre hace todo bien».

Sin embargo, el fracaso no es el enemigo, sino el lugar donde Dios hace su mejor obra. Algunas de las mejores lecciones de vida vienen a través del fracaso, porque el fracaso nos humilla, nos enseña y nos acerca a Dios.

- Moisés dudó de su capacidad de liderazgo, pero, aun así, Dios lo usó para liberar a su pueblo.
- David cometió grandes errores, pero, aun así, fue llamado un hombre conforme al corazón de Dios.
- Pedro negó a Jesús, pero, aun así, se convirtió en un pilar de la Iglesia primitiva.

Dios no está esperando que seas perfecto, está esperando que estés dispuesto.

En 2 Corintios 12:9, Dios le dice a Pablo: «[...] Te basta con mi gracia, pues mi poder se perfecciona en la debilidad». Eso significa que no son tus fracasos lo que te define, sino la gracia de Dios.

Enfócate en el propósito en lugar del buen desempeño

Cuando dejas de enfocarte en el desempeño y te centras en el propósito, todo cambia. Dejas de perseguir estándares imposibles y comienzas a buscar la voluntad de Dios. Empiezas a entender que el éxito no consiste en impresionar a la gente, sino en vivir en obediencia a Dios.

Vivir con propósito significa preguntarse:

- ¿Estoy honrando a Dios con mi trabajo, mis relaciones y mis decisiones?
- ¿Estoy usando mis dones para servir a los demás o solo intento demostrar lo que valgo?
- ¿Estoy dando lugar a la gracia o siempre estoy presionándome para hacer más?

Colosenses 3:23 nos recuerda que hagamos lo que hagamos, debemos hacerlo de todo corazón, como para el Señor. Eso significa que nuestro propósito no se trata de obtener un reconocimiento personal, sino de reflejar la bondad de Dios.

Cómo equilibrar el trabajo duro con el descanso

Dios nos llama a trabajar duro, pero también a descansar. Él nos diseñó para necesitar ambas cosas. Buscar la excelencia no significa agotarse.

Piensa en la creación: Dios hizo el mundo en seis días, pero en el séptimo, descansó. Si el Creador del universo se tomó tiempo para parar, respirar y descansar, ¿por qué pensamos que tenemos que continuar sin detenernos?

El descanso no es pereza, es un acto de confianza. Cuando descansamos, estamos reconociendo que Dios es quien tiene el control, no nosotros. Estamos diciendo que *no tenemos que hacerlo todo porque Dios ya está obrando*.

Redefine el éxito

Si el éxito no se trata de la perfección, ¿de qué se trata? El éxito a los ojos de Dios tiene que ver con la fidelidad, la obediencia y la confianza.

Consiste en estar presente, en usar los dones y en hacer lo mejor posible, pero también en reconocer que lo mejor posible no será igual todos los días. Algunos días, el éxito es lograr grandes cosas. Otros días, simplemente es permanecer fiel cuando las cosas se ponen difíciles.

Es fácil medir el éxito por los logros, el reconocimiento o el número de tareas que tachamos de nuestra lista, pero Dios mide el éxito de otra manera. Él ve el corazón detrás del esfuerzo y la confianza detrás del trabajo.

Si vives cada día con la meta de honrar a Dios, de reflejar su amor y de renunciar a la necesidad de ser perfecto, ya eres exitoso.

Cómo enfocarse en el crecimiento, no en la perfección

Es fácil creer que, si no somos perfectos, no somos suficientes, que si cometemos errores, hemos fracasado, que si no podemos hacer algo a la perfección, no deberíamos hacerlo. Sin embargo, ese tipo de pensamiento no proviene de Dios, sino del miedo.

Dios nunca pidió perfección, Él pide crecimiento.

A lo largo de la Biblia, vemos historias de personas imperfectas que Dios usó de manera poderosa, no porque lo tuvieran todo resuelto, sino porque el plan de Dios para ellos nunca dependió de su capacidad de ser perfectos. Por el contrario, dependió de su voluntad de crecer.

Filipenses 1:6 nos recuerda: «[...] el que comenzó tan buena obra en ustedes la irá perfeccionando hasta el día de Cristo Jesús». Eso significa que la obra que Dios está haciendo en ti aún no ha terminado. No tienes que tenerlo todo resuelto. Eres una obra en progreso, y eso está bien.

Deja atrás el miedo a no ser lo suficientemente bueno

Uno de los mayores obstáculos para el crecimiento es el miedo: miedo al fracaso, miedo a ser juzgado, miedo a no estar a la altura. El miedo nos mantiene estancados. Nos dice que no intentemos algo nuevo, que no nos arriesguemos y que no demos un paso de fe porque *¿y si no lo hacemos bien?*

Pero esta es la verdad: el crecimiento requiere errores.

Piensa en cómo un niño aprende a caminar: tropieza, se cae, se levanta. Nadie espera que lo haga bien a la primera. Y, sin embargo, cuando se trata de nuestras propias vidas, a menudo esperamos ser instantáneamente buenos en todo, sin dificultades y sin fracasos.

No obstante, Dios no ve el fracaso como nosotros. Él ve oportunidades. Cada vez que lo intentas y fallas, estás aprendiendo. Cada desafío que enfrentas te está formando. A Dios no le decepcionan tus imperfecciones, Él te está refinando a través de ellas.

Proverbios 24:16a dice: «Porque siete veces podrá caer el justo, pero otras tantas se levantará». Crecer no consiste en no fracasar nunca, sino en levantarse siempre.

Cómo pasar del desempeño al progreso

Cuando nos centramos demasiado en el desempeño, perdemos de vista el progreso. Nos obsesionamos tanto con los resultados que nos olvidamos de apreciar el proceso. Pero el verdadero crecimiento no consiste en alcanzar un destino perfecto, sino en aprender y mejorar en el camino.

Piensa en una semilla plantada en la tierra. No brota de la noche a la mañana. Requiere tiempo, cuidado y paciencia. Tu crecimiento funciona de la misma manera. Algunas temporadas estarán llenas de progresos visibles, mientras que otras parecerán lentas, pero cada paso, por pequeño que sea, forma parte del plan de Dios para ti.

Colosenses 2:6-7 dice lo siguiente: «Por eso, de la manera que recibieron a Cristo Jesús como Señor, viven ahora en él, arraigados y edificados en él, confirmados en la fe como se les enseñó y llenos de gratitud».

El crecimiento no consiste en alcanzar la perfección, sino en permanecer arraigado en Cristo y permitir que Él nos moldee.

Usa tus dones sin la presión de la perfección

Muchas personas no usan sus dones porque creen que aún no son «lo bastante buenas». Se comparan con otros y piensan: «Si no puedo hacerlo tan bien como ellos, ¿para qué molestarme?».

Pero Dios no te dio dones para que fueras perfecto; te los dio para que pudieras usarlos.

Piensa en la parábola de los talentos en Mateo 25. El siervo que enterró su talento por miedo fue el que terminó perdiendo. Los otros lograron más según el esfuerzo que pusieron en servir a su señor.

Dios no busca la perfección, sino la obediencia.

Cuando usas tus dones, por pequeños o poco pulidos que parezcan, estás honrando al Dios que te los dio.

Romanos 12:6a dice: «Tenemos dones diferentes, según la gracia que se nos ha dado». Tus dones te fueron dados por una razón. No dejes que el miedo te impida usarlos.

Celebra el progreso en lugar de criticar la imperfección

Una de las mejores formas de cambiar de mentalidad y pasar de la perfección al crecimiento es empezar a celebrar las pequeñas victorias. En lugar de centrarte en lo que aún tienes que mejorar, reconoce lo lejos que has llegado.

Si te cuesta hablar de ti mismo de forma positiva, empieza a sustituir las críticas por gratitud. En lugar de decir: «No lo he hecho lo suficientemente bien», di: «Estoy aprendiendo. Estoy creciendo. Estoy mejorando».

Salmos 37:23-24 nos recuerda: «El Señor afirma los pasos del hombre cuando le agrada su modo de vivir; podrá tropezar, pero no caerá, porque el Señor lo sostiene de la mano».

Dios no está encima de ti, esperando que seas perfecto. Él camina a tu lado, te guía, te fortalece y te anima.

Confía en que el tiempo de Dios es mejor que el tuyo

A veces, nos frustramos con nuestro progreso porque sentimos que no estamos creciendo lo suficientemente rápido. Nos preguntamos por qué seguimos luchando con las mismas cosas y por qué aún no hemos alcanzado el nivel que esperábamos.

Sin embargo, los tiempos de Dios son perfectos. El crecimiento es un proceso que dura toda la vida, y Dios nunca tiene prisa.

Isaías 40:31 dice así: «Pero los que confían en el Señor renovarán sus fuerzas; levantarán el vuelo como las águilas, correrán y no se fatigarán, caminarán y no se cansarán».

Tu crecimiento no es demasiado lento. No estás atrasado. Dios está obrando en ti, incluso cuando no puedes verlo.

Reflexiones finales

Cuando dejas de buscar la perfección y empiezas a centrarte en el crecimiento, todo cambia. Empiezas a ver tu camino como un proceso, no como un desempeño. Ya no permites que el miedo te frene. Empiezas a utilizar tus dones con confianza, en el conocimiento de que Dios valora más el progreso que la perfección.

Filipenses 1:6 nos recuerda que Dios sigue obrando en nuestras vidas. Eso significa que los errores no nos definen y las debilidades no nos descalifican. Seguimos creciendo, pues Dios aún no ha terminado con nosotros.

Así que sigue adelante. Sigue aprendiendo y confiando. Y recuerda: cada paso adelante es un paso de fe.